

Con doña Beatriz Enriquez,  
Que es la cordobesa dama,  
Tan discreta como hermosa,  
Tan buena como gallarda,  
Entra el genovés piloto  
En una soberbia cuadra,  
De guadamecí vestida  
Con las molduras doradas,  
Y un estrado de almohadones  
De terciopelo con franjas,  
Y con grandes borlas de oro  
Sobre alfombras de Granada;  
Mas tan turbado y confuso  
Que no acierta á hablar palabra,  
Y tan sólo en que respira  
Se ve que no es una estatua.  
Tampoco está la señora  
Muy en sí; tampoco halla  
Aquellas frases precisas  
De quien recibe en su casa.  
No ha reparado en la iglesia  
En aquel hombre, y le pasma  
Su noble fisonomía,  
Que con su traje contrasta.  
Y acertando prontamente  
Que es el marino, á quien llaman  
Unos loco y otros sabio,  
Atenta le observa y calla.  
Al cabo el hielo rompióse,  
Y la primera la dama  
Le ruega que tome asiento,  
Y ordena le sirvan agua.  
Entra obediente al mandato  
Una berberisca esclava,  
Con búcaros primorosos  
En su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,  
Con tal dignidad y tanta  
Cortesanía le rinde  
Por aquel servicio gracias,  
Que el parabien la señora  
De ocurrencia tan extraña  
Se da á sí misma, y se esmera  
En obsequios y en palabras.  
Esta primera visita  
Otras produjo más largas,  
Y de muy pocas al cabo  
Se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante  
En dejar tan pronto á España,  
Renueva sus pretensiones,  
Torna á rodar antesalas.

De Hernando de Talavera  
La altivez ya no le espanta.  
Insiste en ver á los reyes  
Y renueva sus demandas.  
Doña Beatriz, afanosa,  
Siendo ya depositaria  
De sus planes y proyectos,  
Que la envanecen y exaltan,  
Lo aconseja y lo reanima,  
Lo consuela y lo entusiasma,  
Y conexiones le busca  
Con femenil eficacia.  
Él mismo en Córdoba logra  
Con su permanencia larga,  
Que algunos doctos lo escuchen,  
Tratar á personas altas.  
Y ya sus propuestas toman  
Cierta color de importancia,  
Y ya con calor y aprecio  
Del extranjero se habla.  
Alonso de Quintanilla,  
Del rey tesorero, enlaza  
Con él amistad estrecha  
Y en protegerlo se afana.  
Y don Pedro de Mendoza,  
El gran cardenal de España,  
Uno de los más ilustres  
Varones de nuestra patria,  
Afable se le demuestra,  
Y con su poder alcanza  
Que el mismo rey le conceda  
La audiencia tan deseada.  
Frio, suspicaz, severo  
Le oye el rey. Pero le llaman  
La atención de aquel piloto,  
La dignidad y la calma,  
El convencimiento firme,  
Las explicaciones claras.  
Y aunque de la inmensa idea  
Toda la extensión no alcanza,  
La envidia á los portugueses,  
De dominación el ansia,  
Y el carácter de aquel siglo  
Caballeresco y de hazañas,  
Le obligan á que al instante  
Dé acogida afable y grata  
Al hombre y á su proyecto,  
Porque otro rey no lo haga.  
Mas los gastos de la guerra  
Hacer nuevos le embarazan,  
Ni otra empresa empezar puede  
Hasta rendir á Granada.  
Y cual político astuto,  
Por ganar tiempo y dar largas,  
Su protección y su auxilio  
Al piloto ofrece, y manda

Que los sabios eminentes  
De la docta Salamanca  
Con detención examinen  
La propuesta extraordinaria.



## ROMANCE CUARTO

TIEMPO PERDIDO

Dejando atrás á Granada,  
En cuyas torres el viento  
Ya la cruz triunfante adora  
Entre cristianos trofeos,  
Y dejando atrás la corte  
De los hispánicos reinos,  
Donde tristes desengaños  
Cogió y amargos desprecios.  
Va el genovés navegante,  
En una mula de paso  
Hacia Córdoba derecho;  
Sin volver atrás los ojos,  
Pobre, abatido y enfermo.  
Sale de la hermosa vega  
Que le parece el infierno.  
Lleva en su faz las señales  
Del infortunio y del tiempo,  
Que los años y desgracias  
Dan con un bronce en el suelo.  
Seis años cuenta perdidos  
Desde que llegó al convento  
De la Rábida, y el nombre  
Quiso hacer de España eterno.  
Y sus esperanzas todas,  
Y todos sus pensamientos,  
Disipadas mira en humo,  
En polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca  
Los doctores y maestros,

TOMO II

No contenta al navegante  
Tal decisión del monarca,  
Mas que con ella se avenga  
Doña Beatriz quiere, y basta.

Más bien que examinadores  
Jueces inflexibles fueron,  
Y le trataron altivos,  
Aunque era más sabio que ellos,  
No cual docto que consulta,  
Sino cual convicto reo.  
Sus geométricas verdades  
Por respuesta hallaron textos,  
Sus cálculos silogismos,  
Sus demostraciones ergos.  
Y aunque varios religiosos  
De San Estéban (colegio  
Donde fué la conferencia)  
Que eran sabios verdaderos,  
Si comprender no lograron  
Al inspirado extranjero,  
Lo escucharon con asombro  
Y su importancia advirtieron;  
Los más, cual siempre acontece,  
Arrollaron á los ménos,  
Y sobre un hombre tan grande,  
Y sobre un tan gran proyecto  
Informaron á la corte  
Con el más alto desprecio,  
De visionario y de loco  
Prodigándole dicitérios.  
El no entendido más firme  
En sus altos pensamientos,  
De su plan el contradicho  
Más convencido y más cierto;  
De sí mismo más seguro  
Mientras halla más tropiezos,



Y nuevas fuerzas cobrando  
De su propio abatimiento:  
Del genovés navegante  
Parece el alma de acero,  
Escollo inmoble que arrostra  
Siglos, rayos, olas, vientos.  
Pero no quiere que España  
Acoja ya sus esfuerzos,  
Ni que las ventajas logre  
De tales descubrimientos.  
Y á Córdoba despechado  
Veloze regresó, resuelto  
De irse á buscar á otra corte  
Para realizarlos medio.  
Mas doña Beatriz Enriquez  
Y el fruto inocente y tierno  
De sus plácidos amores,  
Detenerle aún consiguieron.  
Eslabones más tenaces  
Que los de forjado hierro,  
Y con que á aquel hombre insigne  
Ató á mi patria el Eterno.

El genovés, obligado  
Por las prendas de su afecto  
A no abandonar á España,  
Buscó en ella rumbo nuevo;  
Y partió con gran reserva  
De Santa María al puerto,  
Que era del inclito duque  
De Medinaceli feudo,  
A buscar su patrocinio  
Y á ofrecerle ignotos reinos.  
El duque con grandes honras  
Le acogió y con sumo aprecio,  
Y ya preparaba naves  
Propias suyas, y dinero  
Con que el hombre extraordinario  
Llevase á cabo su intento:  
Cuando de la corte tuvo  
Aviso de que con ceño  
Y con envidia y sospechas  
Miraba el rey sus aprestos.  
Suspendiólos advertido,  
Y exhortó con noble celo  
Al piloto, á que á la corte  
Y al rey regresase luégo.

A la inexorable suerte  
Que sus más vivos anhelos  
Contrariaba, y le tenía  
Atado al hispano suelo,  
Tuvo el genovés constante  
Que humillarse con despecho;

Y tornó á la hispana corte  
Y en ella á luchar de nuevo.  
El mismo rey don Fernando,  
Que no quedó satisfecho  
Del salamanquino informe,  
Lo maneja astuto y diestro;  
Le halaga con esperanzas  
(Que detenerle es su objeto),  
Hasta que la infiel Granada  
Rinda á sus plantas el cuello.  
Siguió aburrido á la corte  
El soñador extranjero,  
De aquella famosa guerra  
Presenciando los progresos.  
En el asalto de Baza,  
De Málaga en el asedio,  
En otras altas acciones,  
Y en muchos duros reencuentros,  
Discurrió como perito,  
Se mostró cual caballero,  
Combatió como cristiano  
Y se portó como bueno.

De la opulenta Granada  
Rendirse el poder soberbio  
Presenció en fin, de Castilla  
Y de Aragon al esfuerzo.  
Y de las régias ofertas  
Llegado el plazo creyendo,  
Con más teson y energía  
Llamó la atención de nuevo.  
Mas en vano, otras consultas  
Y otros plazos le han propuesto,  
Que los gastos de la guerra  
Tienen el tesoro yermo.  
Con que de toda esperanza  
Perdidos los fundamentos  
Dejar á España de veras,  
De veras tiene resuelto.  
Ni aún de Alonso Quintanilla  
Se ha despedido, temiendo  
Que elocuente y amistoso  
Aún pretenda detenerlo.  
Y hácia Córdoba camina:  
Seguro de que los ruegos  
De doña Beatriz Enriquez  
No han de hacer mella en su pecho.  
Nada ya, nada en el mundo  
Le detiene, no hay remedio.  
¡Oh, cuánto poder y gloria  
Pierde España con perderlo!  
En su acalorada mente  
Tanto agravio recorriendo,  
Y ansioso ya de encontrarse  
En la corte de otro reino,

Aguija la tarda mula,  
No le permite resuello,  
Ya de Pinos de la Puente  
Llega al miserable pueblo,  
Y sin detenerse pasa  
El despeñado riachuelo,  
Que entre riscos y entre juncias  
Va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,  
Cuando detrás, el estruendo  
De un caballo que galopa  
Oye resonar violento,  
Y alcánzale á pocos pasos,  
En un cordobés overo,  
De sudor cubierta el anca,  
Blanco de espumas el pecho,  
Arrogante y decidido  
Un atildado mancebo,  
Vestido un rico tabardo  
De carmesí terciopelo,  
Con castillos y leones  
De plata y oro cubierto,  
Y un penacho rojo y jalde  
Volando sobre el sombrero.  
Era un paje de la reina,  
Que al punto reconociendo  
A la persona á quien busca  
En el piloto extranjero,  
Le dice en voz alta: «Amigo,  
Atrás volved luégo, luégo,  
Pues de que sin vos no torne  
Orden terminante tengo.»  
El genovés irritado  
Pára la mula de presto;  
Pone la mano en la espada  
Y dice con gran denuedo:  
«Antes que la rienda vuelva  
Me dejareis aquí muerto;  
Basta, vive Dios, de burlas,  
A España nada le debo.»

Desconcertóse al mirarlo  
Tan decidido y dispuesto  
El paje, que le responde:  
«Ni me burlo ni os ofendo;  
»Pues la reina mi señora  
Me ha mandado deteneros,  
Y que á su presencia os lleve,  
Ved si obedecerla debo.»  
Bastó el nombre de la reina  
Para un trastorno completo  
Del navegante ofendido  
Hacer en cabeza y pecho,  
Que era nombre á quien tan alto  
Prestigio dió el mismo cielo,  
Que allanara un alto monte,  
Que domara el mar soberbio.  
A tal nombre sus agravios,  
Todos sus resentimientos,  
Todos los años perdidos,  
Y todos sus planes nuevos  
El genovés olvidando,  
Abre palpitante el pecho  
A tan vehemente esperanza,  
A porvenir tan risueño,  
Que le parece aquel paje  
Angel bajado del cielo,  
Y en éxtasis delicioso  
Queda inmóvil y suspenso.  
Jamás conseguido había  
Explicar su alto proyecto,  
De la gran Reina delante,  
Y ahora ve ocasion de hacerlo.  
Por lo que rompiendo al punto  
Aquel rato de silencio,  
Lleno de vida el semblante,  
Responde al mudo mancebo:  
«Pues doña Isabel lo manda  
Voy con vos y la obedezco.»  
Y revolviendo la mula  
Sigue detrás del overo.

